

# El espíritu de *Letras*

*Marcelo Belinche*

Y la curva se produjo...

Enrique VIII no vivió la Revolución Industrial, pero seguramente la intuyó.

Cuando mandó a construir sus barcos, peleaba con los otros imperios dominantes.

La pelea continuó algunos siglos y se definió a principios del XIX, en Trafalgar. Después, la marina británica colonizó el mundo.

Los niños de chaquetas rojas abrieron los puertos a los comerciantes. Los comerciantes llevaron sus reglas, su modelo y su moneda. Construyeron los ferrocarriles. Instalaron los telégrafos.

Napoleón, en cambio, sabía que su París sede imperial, la derrotada, había escrito antes y escribiría después, buena parte de las ideas que hasta hoy gobiernan. Soñaba, como Enrique, como tantos otros, con un único trono en la Tierra.

Tal vez ambos ignoraban, tal vez no, que los grandes liderazgos empiezan y terminan con quienes los protagonizan. Son los sistemas los que perduran.

En el fuego de esa batalla legendaria, se fundieron verdades planetarias, hasta que no hubo más puertos para abrir, y estallaron las grandes guerras.

El hongo atómico las terminó.

Entonces, una Europa agotada cedió su centro histórico a un conflicto distinto entre el norte de América, que aplicó los sistemas a fondo, y la Rusia de los zares devenida en Unión Soviética que, en ese sitio inesperado, los discutió en serio.

Pero los hombres habían construido las armas necesarias para desaparecer y las seguirían construyendo como una forma perversa de amenazarse.

Así que en los nuevos y viejos puertos se peleó rápido y diferente a favor de uno u otro, o de ninguno.

Los roces entre los grandes jugadores detonaron procesos sociales, políticos y culturales extraordinarios, que maquillaron como pocas veces la cara global que nos devuelven los espejos múltiples con los que nos miramos.

Cuatro décadas después, se detuvieron, cubiertos con el polvo de un muro que se derrumbó sobre sí mismo.

Uno se retiró, y cedió el final y el principio de los siglos a un gran liderazgo sin nombre propio, que aprovechó la caída de dos monumentos a su propio tamaño para plantear un nuevo tablero, en el que en lugar de niños con chaquetas rojas y telégrafos, actúan jóvenes de uniforme gris y computadoras.

Casi tres décadas después, el ciclo que se inició con la devaluación monetaria de 1975, se detuvo en la crisis de 2001. Sus motores fueron el endeudamiento externo, la pérdida del valor del trabajo y la concentración de la riqueza.

Los militares del Proceso lo articularon. Sobre las cenizas de las grandes esperanzas de los setenta, contando con un innegable consenso de la misma sociedad que meses antes los repudiaba, ejecutaron la dictadura de las dictaduras.

Su salida posterior a la guerra de Malvinas, tal vez el mayor trauma nacional de todos los tiempos, alumbró un país distinto.

La política, los políticos, reaparecieron para protagonizar nuevas verdades.

Los sucesivos gobiernos se sostuvieron de acuerdo a su habilidad para alimentar esos motores y disimular sus consecuencias.

Pagaron deuda con más deuda, vendieron lo necesario, discutieron en la superficie. Al final, la máquina que aceptaron les pasó por encima.

Era previsible.

Casi todo ya ocurrió. El mundo dicta las reglas que el país interpreta y aplica en mayor o menor medida.

Mayo refleja las revoluciones. La crisis de los 20, el final de las guerras napoleónicas. Juan Manuel de Rosas se comprende a partir de la construcción hegemónica del capital mundial. La generación del 80, a partir de la consolidación de los imperios. Las grandes guerras viabilizaron movimientos nacionales de corte popular. Las posguerras, sus caídas. Los sesenta del



mundo hicieron los setenta latinoamericanos. Las dictaduras los destruyeron; llegaron y se retiraron al mismo tiempo y aplicaron programas parecidos; escribieron buena parte de las recetas de sus sucesores.

Hoy se discute el futuro. En la lectura profunda de la memoria, están las claves para imaginarlo.

Los que crecimos durante el Proceso Militar somos testigos de un codo particular de la historia.

Niños en los 70, adolescentes de los 80, llegamos después de la explosión de la cultura por y para jóvenes y los vientos revolucionarios. Crecimos mientras eran silenciados.

Fuimos separados por un muro generacional de nuestros hermanos mayores. Asimilamos lo anormal como marca de origen. Construimos nuestra identidad dentro de, tal vez, la mayor operación de dominio y control social que se haya aplicado en la Argentina.

Sin embargo, expresamos rasgos distintivos que se extienden hasta hoy.

La música, lenguaje privilegiado de identidad y vínculo, es clara como ejemplo.

Las grandes bandas de los 80 no pierden vigencia. Una y otra vez reaparecen hasta romper con las lógicas de representación. Impresionan abuelos vitales en escenarios rodeados de chicos de quince años.

Los medios audiovisuales, la televisión en particular, han amplificado su influencia, pero en lo sustancial, el mecanismo es el mismo. Fueron y son productos de interpretación, generación de consenso y construcción de estética y consumo. Las computadoras y los celulares aceleraron las formas indirectas de contacto, pero responden a la timidez y la inseguridad típica en los adolescentes de hace tres décadas. La ropa y las modas superponen ecos del pasado. Los informes sobre sus características dicen, año a año, básicamente lo mismo.

Estos jóvenes frágiles del país de la no pertenencia y la ausencia de sueños comunes, el gran triunfo de la dictadura, crecieron junto a los índices de desocupados en los de menos de 25 años, la deserción en todos los niveles educativos, los antidepresivos y las drogas duras.

Las caritas que bajaron de los barcos de Malvinas son parecidas a las que hoy llegan a las aulas. En ellas, se percibe maltrato.

En los niños del presente, sin embargo, parecen registrarse rupturas. Sutiles pero perceptibles.

Una suerte de aceptación de las reglas del mundo sin perder la capacidad de deslizarse entre ellas sin padecerlas tanto.

Alguien escribió hace poco: “Donde hay dolor, habrá canciones. Acabo de perderlo todo, bebamos con las copas más lindas que tenemos hoy”. Un canto al fin de la melancolía.

Tal vez esté llegando otra curva.

Paso a paso, año a año, se ha consolidado un discurso crítico hacia la formación básica y en particular, hacia el nivel medio que, incluso, es asumido por sus protagonistas.

La amplia cobertura que verano a verano, han realizado y realizan medios locales y nacionales sobre las dificultades en el acceso al nivel superior, sobre todo en la Universidad de La Plata, ha funcionado, en paralelo, como su fuente y confirmación.

Los aspirantes, dice el discurso, carecen de las aptitudes necesarias para convertirse en ingresantes, por lo tanto, el nivel medio está en crisis.

En las escuelas públicas, el discurso se reproduce.

El tránsito lógico a los estudios superiores, todavía natural en las escuelas privadas y en las dependientes de la Universidad, se interrumpe por razones sociales, económicas y conmueve verificar que, también, por automarginación.

Son los propios alumnos los que se asumen afuera del sistema y además, suelen encontrar escaso apoyo en sus docentes.

Estadísticas de desaprobación, repetición y deserción, siempre interpretables, surgen de tanto en tanto para cerrar el diagnóstico.

Ahora bien: ¿no desmienten los indicadores de alfabetización este discurso? ¿No es esperable que la crisis social y política haya impactado en el sistema educativo? ¿Cuáles son esas “aptitudes”? ¿Dónde se están analizando y discutiendo?

Los especialistas coinciden en que la escuela de los 90 funcionó como contención para los docentes en medio de una gran retracción de las oportunidades laborales y, para los niños y adolescentes, como respuesta a sus necesidades básicas.

La recuperación económica de los últimos años exige correr estos ejes hacia las zonas del aprendizaje.

A lo largo de la historia, el impacto que la inversión en educación ha producido en el país es registrable a primera vista.



La escuela pública normalista del siglo XIX dibujó un mapa que derrotó al tiempo.

Los gobiernos populares del siglo XX construyeron herencias notables como la Reforma Universitaria o la educación técnica y sembraron, en su estela, generaciones de alto protagonismo y capacidad de transformación.

Si la inversión prevista en la Ley de Educación recientemente aprobada se concreta, qué se hará con esos fondos es la discusión estratégica.

En la cumbre de la pirámide educativa, la universidad parece a salvo de este debate de fondo, aunque suelen producirse conmociones cuando surgen informes sobre deserción o sobre la prolongación en el tiempo en las aulas para la obtención de un título.

Las conmociones son leves, ya que la continuidad lógica del discurso que acepta las limitantes en los ingresos, es la permanencia y la finalización sólo de los mejores.

Se la ve cómoda eligiendo y descartando; siempre propensa a victimizarse, a reclamar más presupuesto y a defender su autonomía en caso de que el Estado se entrometa.

Sin embargo, es notable la actuación de las universidades como actor político a lo largo de la historia. Y contradictoria.

Fueron militantes de la FUA protagonistas principales de la caída de Hipólito Yrigoyen en 1930, apenas una década después de que el propio Yrigoyen tradujera en leyes los postulados de la Reforma Universitaria. Su papel fue importante en la resistencia y en la posterior caída de Perón en 1955. La conocida “Noche de los bastones largos” de los 60, todavía se discute como símbolo de lucha o de cobardía.

En las universidades se formaron buena parte de los jóvenes de los 70, y su participación en las listas de desaparecidos estremece.

En los 80, la Juventud Radical movilizaba multitudes.

Pero a partir de los 90, con escasas excepciones, la energía se contuvo.

Sólo se registraron algunas movilizaciones contra la Ley Federal de Educación. Después, hubo silencio.

La crisis de 2001 no fue advertida ni protagonizada, no fue anunciada ni es analizada por la universidad, en particular, la de La Plata.

Es una deuda histórica de quienes reunimos buena parte de la inteligencia del país que nos financia, para con la sociedad que lo habita. Otra.



Que un título produce un cambio sustancial en la vida, lo demuestran los cuerpos legislativos, los directorios de las grandes empresas, los gabinetes de Estado: sus miembros poseen diplomas de las universidades públicas en un porcentaje altísimo.

Poe eso, que quienes la habitamos lo sepamos, asumamos el privilegio de formar parte y no nos sintamos en la obligación de protagonizar la realidad desde otro nivel de compromiso, ni nos esforcemos por actuar sobre las consecuencias de la crisis mientras la pirámide se estrecha, es inaceptable.

La Facultad de Periodismo es la casa de estudios superiores vinculados a la Comunicación Social más antigua del país.

Hasta los años 80, la Escuela de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata no varió sustancialmente. Fue concebida para formar periodistas de excelencia y ocupó ese lugar durante cinco décadas.

La explosión de los medios con las privatizaciones de los 90 y el aceleramiento de las tecnologías específicas, la reubicaron en un escenario nacional y mundial estratégico.

La matrícula estudiantil acompañó el cambio y de los 400 estudiantes de la apertura democrática llegó a los 4.000 de hoy, estableciendo una curva de crecimiento única, y acelerando su propio desarrollo.

Modificó tres veces su propuesta curricular. Desechó la estructura jerárquica y estanca de la dictadura y la reemplazó por un diseño de alta libertad de elección y movilidad, de recorrido dinámico y de reconocimiento de nuevos campos específicos, profundización teórica y formación profesional, que actualiza permanentemente.

Diseñó e instrumentó el primer Profesorado en Comunicación. Desarrolló el postgrado en todos sus niveles.

Y estableció rumbos al adquirir el rango de Facultad en 1994, encabezando la reivindicación de las ciencias sociales emergentes en el marco de una universidad tradicional.

Se adeuda una nueva reforma curricular, que consolide las líneas de formación que ha desarrollado. La escritura puede ser una de ellas.

“El mundo de las comunicaciones es imparable e incontrolable ahora”, escribió el editorialista de uno de los diarios nacionales el lunes 31 de marzo.



Opinaba sobre la disputa por las retenciones a los productores agropecuarios que el Gobierno aplicó a principios de año y se refería, sin profundizar, al papel que los grupos de medios nacionales protagonizaron durante su cobertura.

Imparable. Incontrolable.

Quienes han estudiado la evolución de las comunicaciones en las últimas dos décadas saben que son verdades relativas.

La combinación del nacimiento de los grupos multimediales con el desarrollo tecnológico, en el marco de las privatizaciones de las empresas de telecomunicaciones, amplificó su capacidad de influencia vertiginosamente.

La historia conoce de grandes diarios o de grupos de diarios actuando como factor de poder más que como transmisores de información.

Pero desconocía la potencia de la combinación de soportes múltiples actuando en simultáneo en la interpretación de un hecho.

Si los medios procesan la información, establecen criterios y emiten dictámenes, ¿quién examina a los medios?

Decidir estudiar Comunicación Social es formarse para protagonizar ese lugar en el que la influencia se construye y se ejerce, para aceptar las reglas de las empresas o ponerles límites.

Es explorar un campo laboral en crecimiento y en constante ampliación de fronteras.

Es lidiar con la realidad, con el pasado que la produjo y con el futuro que anuncia. Es comprenderla, interpretarla y expresarla.

Es desconfiar, preguntar y dudar.

Es tratar de ver más allá de lo evidente.

El Taller de Comprensión y Producción de Textos I recibe a los estudiantes que ingresan a la Facultad.

Los relaciona, en el ciclo básico de la carrera, con la lectura y la escritura, en paralelo a un taller de aprendizaje de formatos periodísticos gráficos, a un taller de análisis del campo laboral con práctica también escrita y a los niveles iniciales de las teorías de la comunicación y de las ciencias sociales.

Recibe jóvenes en el tránsito de la adolescencia a la juventud, formados en la sociedad de las últimas dos décadas, claros y legítimos productos de su época, con sus marcas, fortalezas y debilidades.

Recorre con ellos un programa organizado en base a lecturas pensadas como una línea de tiempo universal y a un diseño de prácticas con formato de taller.

Intenta revisar y fortalecer el abordaje de los textos seleccionados desde su contexto horizontal y vertical. Se detiene a explorar sus temas.

Propone como método básico la escritura en el aula, como una forma de transmitir y reconocer las condiciones esenciales del campo laboral, subrayando la importancia crucial de asumir a la palabra escrita como una herramienta indispensable de formación y ejercicio profesional.

Los evalúa a partir de la totalidad de su producción anual, más un parcial tradicional, una producción final editada, dos coloquios -como mínimo- con el profesor a cargo y el seguimiento por planilla de concepto, asistencia y evolución realizada por el cuerpo de ayudantes alumnos.

Ofrece seminarios de apoyo a los casos críticos, de asistencia voluntaria, organizados en los dos cuatrimestres.

Requiere articulación con la introducción a la carrera, con su nivel II, con las asignaturas paralelas afines y con las relacionadas del ciclo superior.

¿Dónde se aprende a escribir?

No existe una facultad de escritura, pero la escritura está presente en todas.

En el caso de la comunicación social, su práctica es esencial en el ejercicio profesional, cualquiera sea el ámbito donde ésta se desarrolle.

Sin embargo, es notable el debate y las contradicciones que surgen entre especialistas cuando analizan las dificultades de sus alumnos para relacionarse con la palabra escrita.

Y explorar en la escuela, la culpable habitual de todos los males, no alcanza para develar los misterios.

La experiencia cuenta que a escribir se aprende escribiendo y, en esta candorosa certeza, se apoya el espíritu de las respuestas.

De la idea al papel, se producen las interferencias.

Si se despejan aspectos técnicos, suena mejor.

Y si se recorren texturas básicas, informativas, argumentativas y literarias de manera planificada y sistemática, uno o dos años alcanzan para sincerar límites, eliminar el ruido y profundizar las armonías.

Después, viene el perfeccionamiento.



La clave es no olvidar que no se escribe porque hay que escribir. Se escribe cuando se tiene algo para decir.

Si los analistas no se ponen de acuerdo cuando hablan de escritura, la lectura desata pasiones.

“No sólo no saben, no pueden leer”, dice uno. “Leen distinto, más y mejor”, refuta otro.

La verdad es que la lectura de libros es infrecuente y empuja a la alta literatura a los salones para especialistas.

Pero son esos especialistas, con capacidad de análisis en la biblioteca, los que saben que en realidad, sí se lee: más breve, más simple, más claro, más bello.

Basta analizar la evolución de los medios gráficos en las últimas dos décadas para comprobarlo.

La lectura compite con los formatos audiovisuales. Si esa disputa es entre las 1.000 páginas de *El conde de Montecristo* y su versión televisiva, gana la segunda, al punto de aparecer después publicada en forma de libro.

Esto puede parecer trágico para quienes amamos leer, pero es cierto.

En el universo cultural, en sus formas mediáticas en particular, las palabras fluyen buscando que las lean, las comprendan y las sientan.

Por eso es interesante invertir el recorrido y proponer a nuestros alumnos las lecturas de textos breves, aunque extraordinarios, de la literatura universal -esos que se saborean- para abordarlos desde el autor y su tiempo. Articularlos para que se conecten y vuelvan a explicarles la historia moderna, tal vez sin la rigurosidad de la verdad científica pero con la sensibilidad del arte.

Y aprovecharlos para prácticas escritas a partir de sus temas profundos.

Puede olvidarse en el camino alguna línea intertextual. Sin embargo, ayuda recordar que Borges enseñaba *Oliver Twist* contando la Londres de Dickens.

Por fin, si países como el nuestro son el campo de batalla de un mundo global; si en este campo se pelea por la energía y los recursos naturales violentamente y con resultado incierto; si en la tregua circunstancial que vive el sur de América, después de la devastación de las dictaduras y de las desnacionalizaciones de los 90, estas democracias con cierta sensibilidad social

permiten respirar un poco, la educación pública argentina debe ser concebida, en su matriz, como una forma de lucha contra la pobreza.

Si dentro de esa educación pública, el nivel universitario es tierra de los pocos que llegan, es una misión primaria de quienes estamos a cargo del pizarrón en las aulas contener y retener a nuestros alumnos que, vale insistir, fueron los niños del uno a uno y adolescentes de la crisis de 2001.

Y si nos toca una disciplina absurdamente desdeñada por el viejo elitismo de las ciencias sociales, que en las últimas décadas se ha abierto camino por peso propio y lo seguirá haciendo, la tarea de recibir ingresantes en una Licenciatura en Comunicación Social, además de un privilegio, es una posibilidad.

La universidad pública es un río de montaña. Se renueva año a año con la frescura de los chicos que han crecido como han podido en un país lastimado.

Nosotros les vamos a contar sobre el valor de la palabra como herramienta de trabajo, les vamos a proponer leer profundo, les vamos a hablar de un camino que empieza con una prueba de ortografía y termina en el ejercicio profesional en un campo laboral de trascendencia estratégica, cuya potencialidad a futuro estremece.

Seguramente, los vamos a ayudar a mirarse en un mundo y en un país que necesita cambios y revoluciones, defensores y realizadores de lo imposible.

Y sin duda, les vamos a tratar de enseñar a distinguir entre espectador y protagonista, entre sentir y transcurrir, entre parecer y hacer.

Si insistimos y perseveramos, es posible que algunos de los pibes que recibimos salgan de esta casa sabiendo, con certeza, que puede haber algo más que resignarse a vivir con la ñata contra el vidrio.

Fundamentación de la propuesta pedagógica para el concurso del cargo de  
Profesor Titular del Taller de Comprensión y Producción de Textos I

Abril de 2008